

Estilos de crianza vinculados a la corporalidad: violencia, memoria, *embodiment* y performatividad en familias mazahuas

Parenting styles and embodied corporality: violence, memory, embodiment, and performativity in Mazahua families

DOI: 10.61820/ha.2954-470X.2023

Sonia Liliana Bruno Rosas

El Colegio de México

Ciudad de México, México

sburno@colmex.mx

ORCID: 0009-0002-3279-9155

Recibido: 19/08/2025

Aceptado: 04/10/2025

Universidad Autónoma de Querétaro
Licencia Creative Commons Attribution - NonCommercial ShareAlike 4.0
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Resumen

Este artículo analiza cómo los estilos de crianza en familias mazahuas de San Felipe del Progreso, municipio ubicado al norte del Estado de México, generan y mantienen prácticas violentas. Dichas prácticas se inscriben en el cuerpo de infantes y adultos, permaneciendo como memoria y performatividad a lo largo de sus vidas. Mediante una metodología basada en genealogías, observación e historias de vida, se documenta la transmisión generacional de modelos parentales autoritarios, negligentes, democráticos y permisivos, con énfasis en sus impactos emocionales, físicos y simbólicos. Además, se explora cómo el cuerpo se vuelve receptáculo y archivo vivo de la violencia (Gómez Sánchez y Bruno Rosas, 2025) y cómo la memoria permite evocar o reconstruir experiencias (Pérez-Taylor, 2002) de crianza desde una perspectiva de género, así como desde la vinculación o relación con la cultura mazahua. Por otro lado, este trabajo se apoya en el *embodiment* o la *cognición corporizada*, dado que tanto la memoria como el cuerpo se entienden como territorio de inscripción de la violencia. De este modo, la crianza se vuelve un campo performativo donde se reproducen, pero también se resisten, formas estructurales de dominación.

Palabras clave: estilos de crianza, cuerpo, embodiment, violencia, cultura mazahua

Abstract

This article analyzes how parenting styles among Mazahua families in San Felipe del Progreso, a municipality located in the northern region of the State of Mexico, generate and sustain violent practices. These practices are inscribed on the bodies of children and adults, persisting as embodied memory and performativity throughout their lives. Using a qualitative methodology based on genealogies, participant observation, and life histories, the study documents the intergenerational transmission of authoritarian, neglectful, democratic, and permissive parenting styles, emphasizing their emotional, physical, and symbolic impacts. Furthermore, the article explores how the body becomes both a repository and a living archive of violence (Gómez Sánchez & Bruno Rosas, 2025), while memory enables the recollection and reconstruction of childrearing experiences (Pérez-Taylor, 2002) from the perspectives of gender and Mazahua culture. The analysis also draws on the concept of embodiment, understanding both memory and the body as sites where violence

is inscribed and experienced. From this perspective, parenting emerges as a performative field in which structures of domination are not only reproduced but also contested and resisted.

Keywords: parenting styles, body, embodiment, violence, Mazahua culture

Introducción

En las comunidades indígenas del Estado de México, especialmente en el pueblo mazahua, la estructura familiar es extensa, es decir, se constituye por varios miembros mediante línea sanguínea como sobrinos, nietos, abuelos y tíos. En algunos casos también se incluyen miembros no sanguíneos como suegros, nuerras, yernos. Dentro de estas estructuras encontramos una jerarquía familiar (Fox, 1967) que va más allá de una forma de organización doméstica y comunitaria, ya que en esta cultura la organización familiar funge como un tipo de dispositivo de transmisión simbólica que configura los modos en que se educa, se castiga y se vinculan los unos con los otros.

En San Felipe del Progreso, la crianza no se limita solamente a la madre o al padre, sino que permite, bajo la lógica de una familia extensa, que sean los tíos, tías, abuelos, abuelas, quienes intervengan en la formación de los niños y las niñas del hogar, manteniendo en todo momento la jerarquía basada en una figura autoritaria denominada jefe de familia (Fox, 1967). Dicha figura siempre busca instaurar el orden dentro del hogar, ya sea por medio de la violencia directa o cultural (Galtung, 1996). De este modo, la clasificación de los estilos de crianza propuesta por Baumrind (1966)¹ resulta útil como un punto de partida; sin embargo, en este contexto, la clasificación debe ser reasignada a la cultura y sus representaciones sociales (Latour, 2008) con el fin de reconocer los elementos que permean la cosmovisión, así como en la manera en que estos se instauran sobre el cuerpo de las personas.

En este sentido, hablar de corporalidad es hablar de las construcciones culturales y sociales. Para Le Breton (2002) el cuerpo es una herramienta mediante la cual existimos, en otras palabras, es un objeto valioso,preciado y a veces olvidado que nos permite existir y nos define mientras que nos construye respecto a lo social. Otros autores como Gómez Sánchez (2019) y Gómez Sánchez y Bruno Rosas (2025) denominan al cuerpo como un recipiente, dentro del cual tienen

¹ Baumrind (1966) identificó tres estilos de crianza: autoritarios, democrático o también llamado autoritativo y permisivo. Posteriormente, Maccoby y Martin (1983) ampliaron esta clasificación al incorporar el estilo negligente.

lugar las representaciones del mundo, es decir, estas se evocan e instauran internamente, logrando que el mismo cuerpo se encarne con la mente y dando paso al *embodiment* o *cognición corporizada* (Peral Rabasa, 2017). Debido a lo anterior, es posible generar pensamientos, sentimientos, emociones, experiencias y nuestro *performance*: la manera en que nos vestimos, actuamos, comemos y, sobre todo, violentamos y somos violentados (Le Breton, 2002). Aunque estas acciones también son denominadas representaciones sociales:

Conjunto de conceptos, enunciados ... en la vida diaria, en el curso de las comunicaciones interindividuales ... [Es un] sistema de valores, de nociones y de prácticas relativas a objetos, aspectos o dimensiones del medio social, que permite, no solamente la estabilización del marco de la vida de los individuos y de los grupos, sino que constituye también un instrumento de orientación de la percepción de situaciones y de la elaboración de respuestas (Perera, 2005, p. 44).

Por lo tanto, el presente artículo se construye en torno a tres ejes de análisis que permiten comprender cómo la violencia en la crianza parental —entendida como las prácticas para la regulación del comportamiento, así como la obtención de poder y autoridad dentro del hogar mazahua— se inscribe en los cuerpos como memoria performativa. En primer lugar, se exploran las genealogías familiares, al igual que los relatos de vida como herramientas metodológicas para recuperar las formas en que la violencia se naturaliza y se hereda. Posteriormente, se abordan los estilos parentales, además de la memoria corporal, a través de las narrativas intergeneracionales que revelan cómo el castigo y la violencia configuran la memoria corporal de los miembros. Finalmente, se desarrolla el eje del *embodiment* y la violencia desde una mirada que vincula cuerpo, género y subjetividad.

De este modo, el objetivo de este artículo es analizar cómo los estilos de crianza en familias mazahuas de San Felipe del Progreso producen y reproducen prácticas de violencia que se inscriben corporalmente en niños, niñas y adultos, permaneciendo como memoria y performatividad cotidiana. A partir de genealogías familiares, relatos de vida y observación etnográfica, se busca comprender cómo el cuerpo funciona como territorio de inscripción de la violencia.

Igualmente, se pretende entender la forma en que dichas prácticas son neutralizadas, transmitidas y, en algunos casos, resignificadas entre generaciones.

El análisis de este fenómeno ayudará a comprender el origen de la violencia y a demostrar cómo el cuerpo, ya sea de manera consciente o inconsciente, encarna un imaginario sociocultural que produce relaciones de poder desigual (Kaplan, 2006). Para lograr lo anterior, el estudio se divide en dos partes. Primero, se expone lo que se entiende por representaciones sociales, estilos de crianza parentales y violencia; cómo y dónde surgen; cuáles son sus principales características; y cómo se vinculan en la memoria del cuerpo. En un segundo momento, se presentan algunas reflexiones sobre el impacto de la violencia. Así, mediante los relatos de vida y genealogías familiares, es posible observar que los estilos de crianza se inscriben en los cuerpos de quienes los vivieron. No se trata de una descripción teórica, más bien, son memorias corporizadas que se revelan en los gestos, en los silencios, en la forma de narrar el miedo o el afecto, en escenarios con presencia de violencia directa o cultural (Galtung, 1996). Son momentos de gritos y de desorden que se configuran en torno a la violencia que se recibe en un primer momento de la crianza. Para lograr lo mencionado, es necesario comprender el contexto en el que desarrolla la investigación, así como el método y las familias con las que se trabajó.

I. Metodología

Actualmente, los mazahuas² permanecen bajo el dominio simbólico y estructural de los mestizos en el municipio de San Felipe del Progreso, en donde el sistema político, económico y cultural tiende a mestizar e invisibilizar parcialmente los referentes culturales indígenas. Sin embargo, esta hibridez no implica la desaparición de la cultura mazahua, al contrario, logra modificar sus formas de relación con lo social y lo familiar, manteniendo una continuidad en sus memorias corporales, afectivas y comunitarias. En este sentido, metodológicamente hablando,

2 Mazahuacán, cuyo significado en náhuatl significa en donde están los del venado. Se compone de un vocablo maza 'venado', de los posesivos hua y can 'lugar', todo esto de acuerdo con Sahagún (1989). Dicho autor refiere que el nombre de su gobernante fue Mazatl Tecutli 'señor de los venados'; se asentaron y formaron su capital al oeste del Valle de Anáhuac, ciudad que en la época colonial desapareció. Cuando se habla de los mazahuas se puede decir que ha sido un grupo que ha tenido autonomía en comparación de otros grupos indígenas, pues dentro de su ideología siempre ha imperado la dominación. Ya sea que ellos sean los dominados, o bien, repliquen el modo en que han sido dominados; primero bajo el sojuzgamiento de los chichimecas, más tarde por los mexicas y posteriormente por los españoles durante la conquista (Sahagún, 1989).

la investigación retoma las teorías de Gurung (2020), que permiten situar el conocimiento desde las voces y experiencias de quienes habitan ese contexto. Este enfoque parte del reconocimiento de que ningún conocimiento es neutral ni superior a otro, ya que se construye desde la posición social, política y cultural específica. Así, se privilegia una lectura situada del mundo social desde la perspectiva de las y los mazahuas, particularmente desde las mujeres.

En términos de posicionalidad, la investigación se construye desde una experiencia situada tanto académica como afectivamente dentro del contexto mazahua. Como autora, investigadora y mujer perteneciente a una comunidad mazahua, reconozco que el conocimiento producido no parte de una mirada externa o neutral, sino de una cercanía con las dinámicas familiares, comunitarias y de género presentes en el territorio. Al mismo tiempo, el trabajo se desarrolla bajo una perspectiva etnográfica, tal como sugiere Guber (2011), entendiendo que el conocimiento del otro no parte de la observación distante, más bien de una relación dialógica en la que las y los colaboradores son quienes nos permiten adentrarnos en su vida cotidiana, marcando lo que puede y debe ser conocido.

En consecuencia, la selección de las personas participantes se realizó a través de un muestreo intencionado (Uribe Roncallo, 2020), en el que se dejó de lado la representatividad estadística, pues se buscaron las experiencias de crianza, cuerpo y violencia, es decir, la selección se hizo con base en la importancia que los participantes representaban para la investigación. De manera que se trabajó con ocho familias, priorizando las historias de vida de aquellas que ofrecieran trayectorias generacionales complejas o con ciclos de violencia marcados dentro de los significados emocionales.

Sin embargo, para esta etapa de análisis y con fines de claridad expositiva, se retoman los casos más emblemáticos, correspondientes a dos familias: la familia Sánchez y la familia Monroy. Dicha selección se justifica por la extensión familiar, así como por los elementos de memoria corporal y ciclos de violencia generacional que permiten observar los ejes principales de esta investigación. El análisis se complementó con el enfoque de genealogías (Fox, 1967), mismas que se vuelven una herramienta para rastrear cómo se transmiten y reconfiguran las prácticas de poder, afecto y control dentro del núcleo familiar, pero especialmente para comprender cómo el ciclo de violencia se transmite y se modifica.

Debido a que la investigación aborda experiencias de violencia familiar, memoria corporal y dinámicas de crianza, se priorizó en todo momento el cuidado ético de las personas participantes. Las historias de vida, genealogías y testimonios fueron recuperadas mediante consentimiento informado y bajo acuerdos de confidencialidad. Asimismo, los nombres utilizados dentro del artículo se modificaron mediante seudónimos elegidos por las personas participantes, con el propósito de resguardar la identidad de las familias colaboradoras y evitar posibles procesos de revictimización. Durante el trabajo de campo se procuró mantener una escucha situada y respetuosa, reconociendo la sensibilidad emocional de los relatos compartidos. Del mismo modo, se evitó emitir juicios morales sobre las prácticas narradas, privilegiando la comprensión de los contextos culturales, afectivos y generacionales en los que estas formas de crianza se producen y reproducen.

II. Estilos de crianza, memoria corporal y violencia

Para Kaplan (2006) la violencia se entiende como el ser fuera de modo, o bien, el intento de controlar o dominar a otra persona, todo esto se fundamenta en las relaciones de poder que se dan jerárquicamente en la sociedad. Un ejemplo claro de esto son las relaciones padres e hijos, donde los padres ejercen control sobre los hijos, autorizando o prohibiendo ciertos comportamientos dependiendo de la creencia familiar y cultural donde se desarrollan. Cuando se habla de violencia dentro de los estilos de crianza no nos remitimos a una ejercida por un sujeto que tiene la capacidad de actuar con base en su construcción, sino al reconocimiento que hacen a la persona, tal como describe Wieviorka (2006):

... el sujeto es la capacidad que tiene la persona de actuar creativamente, de constituirse su propia existencia ... El sujeto además es el reconocimiento que le hacen a una persona otros que también son sujetos. Igualmente, es la capacidad de estar en relación con los demás. [En este caso, la violencia] ... no es más que la incapacidad del sujeto de convertirse en actor [esa subjetividad negada o disminuida] (p. 341).

La violencia influye en los sujetos en diferente medida. Dependiendo de los estilos de crianza, se puede afectar o no el desarrollo de las personas, sean infantes o adultos. Los estilos de crianza son vistos como patrones de comportamiento, así como actitudes que los padres adoptan al criar a sus hijos, aunque es pertinente destacar que los padres no se remiten todo el tiempo a un solo estilo de crianza. Cuando hablamos de patrones de comportamiento adoptados, hacemos referencia a las situaciones en las que se encuentra el progenitor ante su día a día con el infante. Ahora bien, aunque los estilos de crianza han sido estudiados durante décadas, su clasificación se relaciona con la propuesta de Maccoby y Martin (1983):

- 1) Padres autoritarios. Son padres que se caracterizan por tener un alto nivel de exigencia y control, pero que transmiten poco afecto, siendo muy fríos.
- 2) Padres sobreprotectores/permisivos. Son padres que muestran mucho afecto hacia los hijos, pero que tienen mucha flexibilidad o poca exigencia con ellos.
- 3) Padres negligentes. Estos padres no transmiten afecto (siendo muy fríos), y tampoco transmiten exigencia o control. Para estos padres, el hijo es una molestia, y lo único que importa es que no incomode.
- 4) Padres democráticos. Son padres que saben equilibrar bastante bien el afecto y el cariño que transmiten al niño, junto a una adecuada exigencia y control (p. 125).

Dentro de los estilos de crianza se configuran las pautas bajo las cuales el infante aprende a conducirse en el mundo, hablando en términos de comportamiento, percepción, afecto y corporeidad. Estas disposiciones no se limitan al plano racional, pues se inscriben directamente en el cuerpo y la memoria. En este sentido, la violencia que se aloja dentro de los estilos de crianza no es únicamente un acto externo, es más bien una experiencia que se deposita en el cuerpo como “fenómeno social y cultural, como materia simbólica, como objeto de representación y de imaginación” (Le Breton, 2002, p. 9). El cuerpo, entonces, se vuelve el primer lugar de inscripción de lo aprendido, de lo temido, de lo deseado, de lo que duele. Y junto con él, la memoria corporal guarda esas marcas como huellas que configuran las formas de ser, sentir y vincularse con los otros.

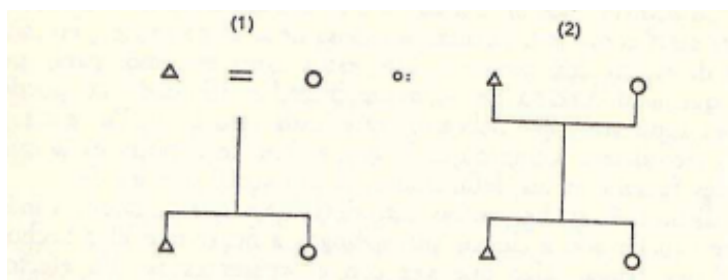
Toda acción en la vida cotidiana, por simple o compleja que sea, implica una participación corporal. Desde esta perspectiva, el cuerpo aprende, recuerda, actúa y siente a partir de una conexión que se gesta desde las memorias, así como de las emociones de nuestra vida. Es en esta vinculación donde surge el concepto de *embodiment*, entendido como la forma en que las experiencias sociales se inscriben y se vuelven carne (Wright Carr, 2018; Gómez Sánchez y Bruno Rosas, 2025).

El *embodiment* nos deja comprender cómo las violencias y pautas de comportamiento heredadas en la crianza se transforman en gestos, posturas y modos de habitar el mundo. De esta manera, tanto el cuerpo como la memoria no son elementos lejanos uno del otro, más bien se complementan. Al actuar en conjunto, producen subjetividades situadas: niños y niñas que aprenden a callar, a temer, a resistir o a repetir, es decir, no lo hacen desde la conciencia abstracta, lo hacen desde la memoria vivida. Como Pérez-Taylor (2002) refiere, la memoria tiene la capacidad de traer el pasado al presente, de este modo, se vive el presente mediante las emociones que se depositan en el cuerpo.

III. Genealogías familiares e historias de vida

Las genealogías son una metodología empleada por Robin Fox en 1967 para analizar la composición del parentesco en núcleos familiares específicos. En este caso, se aplican a dos familias que presentan características clave para comprender los ciclos de violencia, es decir, cómo se genera, si se perpetúa dentro del núcleo o si, por el contrario, logra erradicarse. Para poder utilizar y entender el enfoque genealógico, se recurre al uso de la simbología. Los símbolos utilizados en esta investigación (ver Figura 1) permiten interpretar con mayor claridad las relaciones de parentesco, a la vez que ayudan a comprender el lenguaje genealógico empleado en los esquemas.

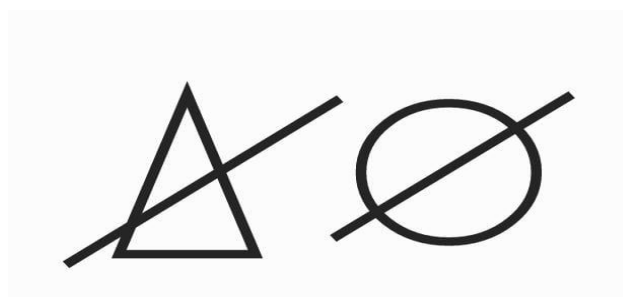
Figura 1. *Simbología de genealogía (1967), Robin Fox, p. 34.*



Dentro del sistema genealógico, el triángulo representa al hombre, mientras que el círculo representa a la mujer. Fox (1967) emplea el símbolo “=” para denotar el vínculo matrimonial, aunque también utiliza un corchete que conecta a ambos cónyuges, tal como se observa en la Figura 1. Sin embargo, cuando el corchete se sitúa por encima de ambos símbolos, indica una relación de fraternidad/paternidad, según sea el caso. Por lo tanto, en el ejemplo de la Figura 1, podemos interpretar una pareja con dos hijos: un niño y una niña, respectivamente.

Las genealogías pueden emplearse para representar tanto vínculos sanguíneos como no sanguíneos dentro de una familia (Fox, 1967). Asimismo, permiten señalar defunciones en el linaje familiar; para ello, se atraviesa el triángulo o el círculo con una línea inclinada (ver Figura 2).

Figura 2. *Ejemplificación de fallecimiento dentro de las genealogías (2023), elaboración propia, basada en la propuesta de Fox de 1967.*



Una vez comprendido el lenguaje genealógico, presentamos a las familias colaboradoras. A partir de su historia de vida y de la genealogía familiar se logra ejemplificar su ciclo familiar, así como la reproducción o ruptura del ciclo de violencia. Comenzaremos con el caso de la familia Sánchez (ver Figura 3 y Tabla 1):

Figura 3. Familia Sánchez (2023), elaboración propia.

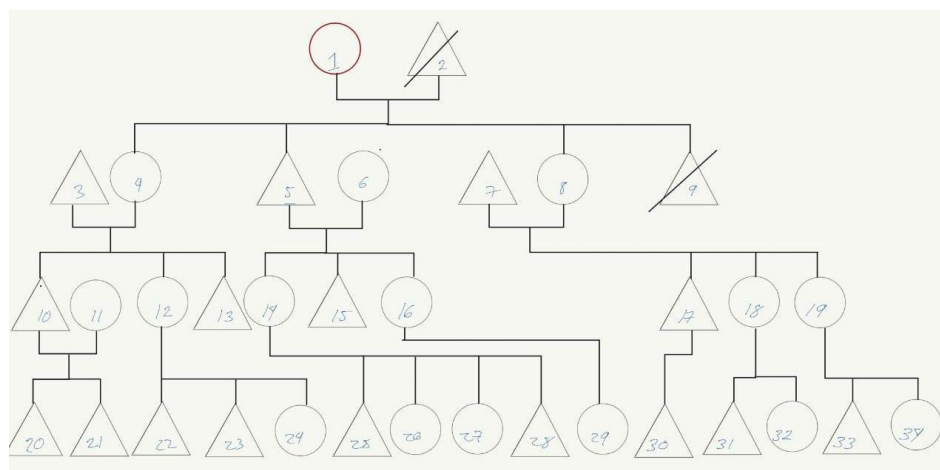


Tabla 1. Análisis genealógico 1. Familia Sánchez (2023), elaboración propia.

Miembros de la familia Sánchez					
Primera generación					
No.	Nombre	Referencia respecto a ego	Sexo	Edad	Escolaridad
1	Dolores	Ego	F	89	Primaria
2	José	Esposo de ego	M	66	Primaria
Segunda generación					
3	María	Primera hija de ego	F	63	Licenciatura
4	Bulfrano	Esposo de la primera hija de ego	M	69	Licenciatura
5	Ricardo	Primer hijo de ego	M	61	Secundaria
6	Cecilia	Esposa del primer hijo de ego	F	62	Bachillerato
7	Verónica	Segunda hija de ego	F	60	Secundaria
8	Francisco	Esposo de la segunda hija de ego	M	69	Licenciatura
9	Javier	Segundo hijo de ego	M	12	Primaria
Tercera generación					
10	Bulfrano	Primer hijo de la primera hija de ego	M	45	Bachillerato
11	Verónica	Esposa del primer hijo de la primera hija de ego	F	50	Bachillerato

12	Oriana	Primera hija de la primera hija de ego	F	43	Licenciatura
13	Edgar	Segundo hijo de la primera hija de ego	M	56	Licenciatura
14	Dafne	Primera hija del primer hijo de ego	F	44	Secundaria
15	Ricardo	Primer hijo del primer hijo de ego	M	40	Licenciatura
16	Kimberly	Segunda hija del primer hijo de ego	F	39	Licenciatura
17	Francisco	Primer hijo de la segunda hija de ego	M	55	Bachillerato
18	Verónica	Primera hija de la segunda hija de ego	F	54	Carrera técnica
19	Guadalupe	Segunda hija de la segunda hija de ego	F	53	Bachillerato
Cuarta generación					
20	José	Primer hijo del primer hijo de la primera hija de ego	M	49	Bachillerato
21	Edgar	Segundo hijo del primer hijo de la primera hija de ego	M	45	Secundaria
22	Israel	Primer hijo de la primera hija de la primera hija de ego	M	39	Secundaria trunca
23	Misael	Segundo hijo de la primera hija de la primera hija de ego	M	35	Secundaria trunca
24	Galia	Primera hija de la primera hija de la primera hija de ego	F	15	Secundaria
25	Juan José	Primer hijo de la primera hija del primer hijo de ego	M	16	Bachillerato
26	Guadalupe	Primera hija de la primera hija del primer hijo de ego	F	15	Bachillerato
27	Sofia	Segunda hija de la primera hija del primer hijo de ego	F	13	Secundaria
28	Ricardo	Segundo hijo de la primera hija del primer hijo de ego	M	12	Secundaria

29	Kimberly	Primera hija de la primera hija del primer hijo de ego	F	9	Primaria
30	Iván	Primer hijo del primer hijo de la segunda hija de ego	M	29	Bachillerato trunco
31	Verónica	Primera hija de la primera hija de la segunda hija de ego	F	18	Bachillerato
32	Juan Pablo	Primer hijo de la primera hija de la segunda hija de ego	M	21	Bachillerato trunco
33	Guadalupe	Primera hija de la segunda hija de la segunda hija de ego	F	22	Licenciatura trunca
34	Javier	Primer hijo de la segunda hija de la segunda hija de ego	M	20	Licenciatura

A partir del análisis genealógico de la familia Sánchez, se identificó que la totalidad de sus integrantes habían experimentado algún tipo de violencia dentro del entorno familiar, ya fuera como víctimas, agresores o testigos. Dicha familia se compone por cuatro generaciones cohabitando en un mismo predio, en el que se observa una reproducción del estilo autoritario. La información proviene de Dolores, informante clave, denominada ego dentro del lenguaje genealógico, un término que se utiliza para referirse al individuo desde cuya perspectiva se traza el árbol genealógico. En otras palabras, ego es el punto de partida para mapear las relaciones familiares: padres, hermanos, hijos, abuelos, tíos, primos, etcétera (Fox, 1967). Así, se puede conocer la historia de vida, aunque es pertinente destacar que las historias de vida son vistas desde la percepción de ego, a pesar de que se haya podido tener cercanía con otros miembros de la familia.

Dolores compartió que desempeñó el papel de madre soltera a lo largo de la crianza de su familia, haciéndose cargo tanto de la formación de sus hijos como del sostén económico de la familia (M. D. Sánchez, comunicación personal, 16 de agosto de 2023). Este hecho representa un cambio en el modelo tradicional de la familia; sin embargo, la violencia se mantiene como un elemento persistente dentro de la dinámica familiar, sin importar los cambios generacionales o las nuevas formas de percibir la misma violencia.

Al abordar la estructura interna de la familia, se encontró que la violencia no es interpretada necesariamente como una práctica negativa. Por el contrario,

es comprendida como una herramienta útil para ejercer autoridad y mantener el orden durante el proceso de crianza (M. D. Sánchez, comunicación personal, 16 de agosto de 2023). Se puede identificar, entonces, que una de las principales características de esta familia es el control como modo de organización de las relaciones, en donde el castigo físico funciona como medio regulador de la conducta cotidiana, tal como comparte Dolores:

Les enseñé que no, que aquí y en China, con padre o sin padre, yo soy su madre. Tenía que ponerles sus buenas tundas para que entendieran, pero hacía que los canijos me respetaran. Con que les diera con la cuchara a uno, con uno solo tenían ya así y el resto se quedaban quietecitos, quietecitos. Ya cuando crecieron y vieron todo lo que hacía por ellos, como pedir trabajitos a los vecinos, coser la ropa, lavar, salir al trabajo, ir a vender mis plantitas para que ellos tuvieran educación y familia, empezaron a respetarme más y hasta cuidarme. Ya hasta me vienen a ver diario y me traen de comer, aunque yo aún les haga su pollo.

Fíjate que cuando me acuerdo de lo manchados y pesados que se ponían a veces conmigo, entiendo al esposo de mi mamá. Él era así conmigo porque quería que lo respetara, aunque estaba todo bruto, pero ¿cómo lo iba yo a respetar a ese?, si yo no era nada suyo. A veces los hombres son unos brutos que no se fijan en lo que quieren o qué hacen, pero como buenos hombres se lanzan a los madrazos. Que con esos sí, te quedas quietecita, quietecita del miedo y si lloras te dan otros más y te pones con patitas a obedecer (M. D. Sánchez, comunicación personal, 16 de agosto de 2023).

Con la historia de Dolores se puede entender que la totalidad de los integrantes de esta familia han tenido alguna experiencia relacionada con la violencia, ya sea como víctimas, agresores o testigos. A través del análisis genealógico de la Tabla 1, se confirma que la violencia ha sido un componente estructural desde la primera hasta la cuarta generación. Lejos de estar asociada a un género específico, esta violencia se emplea de forma transversal y repetitiva, convirtiéndose en un patrón aprendido. Además, impacta directamente en el cuerpo al operar como un mecanismo de control que afecta tanto lo físico como lo

emocional. No obstante, este patrón no se repite con la misma intensidad en todas las familias estudiadas, como evidencia el caso de la familia Monroy, donde los ciclos de vida y crianza adquieren otras formas.

Dolores, aparte de ser madre y posteriormente abuela, asumió el rol de madre de muchos de sus nietos. Ella narra que “antes a uno lo hacían con puro lazo, era de obedecer o era de vara” (M. D. Sánchez, comunicación personal, 16 de agosto de 2023). Esta frase, nos habla de la naturalización de la violencia dentro de los estilos de crianza. Por otro lado, en la familia Monroy —integrada por 32 miembros—, encontramos un patrón similar en el ciclo de violencia (ver Figura 4 y Tabla 2):

Figura 4. Genealogía Familia Monroy (2023), elaboración propia.

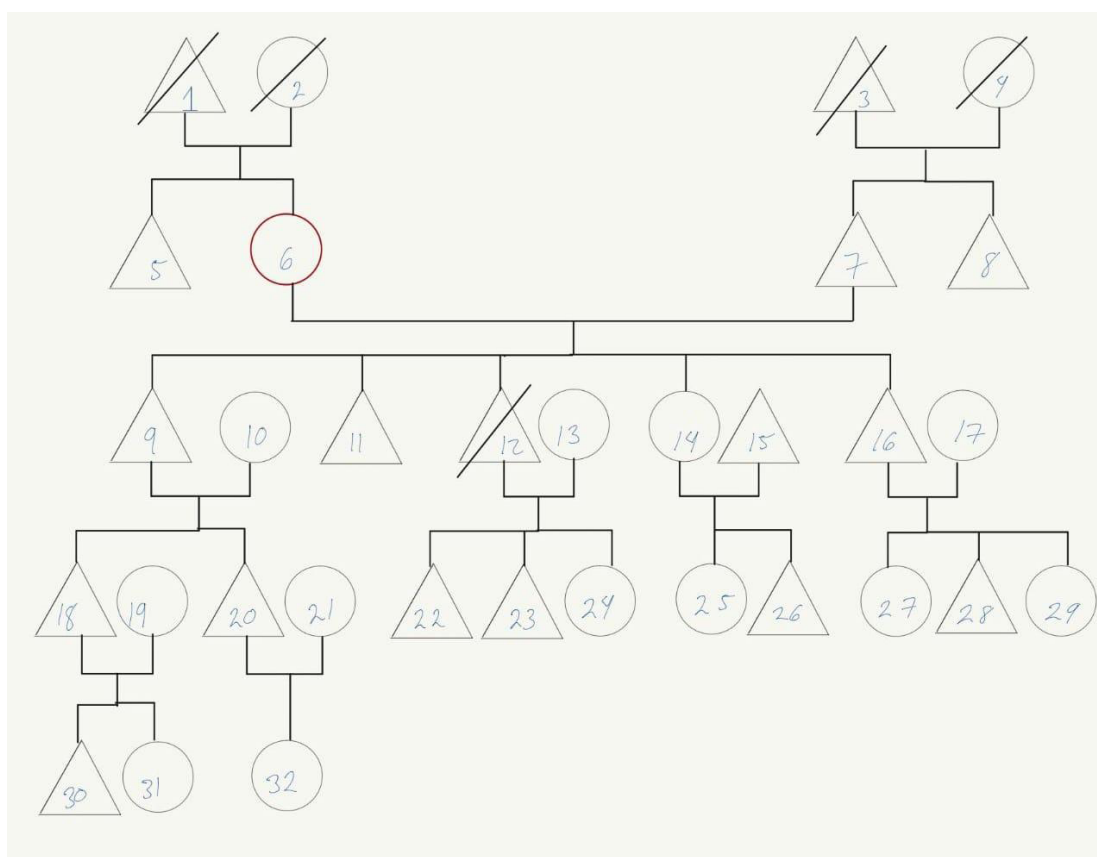


Tabla 2. Análisis genealógico Familia Monroy (2023), elaboración propia.

Miembros de la familia Monroy					
No.	Nombre	Referencia respecto a ego	Sexo	Edad	Escolaridad
Primera generación					
1	Genaro	Padre de ego	M	46	Primaria
2	Paulina	Madre de ego	F	120	Primaria
3	Genaro	Padre del esposo de ego	F	34	Primaria
4	Herlinda	Madre del esposo de ego	M	67	No estudio
Segunda generación					
5	Luis	Primer hermano de ego	M	88	No estudio
6	Margarita	Ego	F	89	Primaria
7	Antonio	Esposo de ego	M	83	Primaria
8	Alfonso	Primer hermano del esposo de ego	M	67	Primaria
Tercera generación					
9	Samuel	Primer hijo de ego	M	63	Licenciatura
10	Chelis	Esposa del primer hijo de ego	F	68	Licenciatura
11	Adán	Segundo hijo de ego	M	59	Licenciatura
12	Genaro	Tercer hijo de ego	M	57	Licenciatura
13	Yessenia	Esposa del tercer hijo de ego	F	57	Licenciatura
14	Dolores	Primera hija de ego	F	56	Bachillerato
15	Roberto	Esposo de la primera hija de ego	M	66	Licenciatura
16	Alfonso	Cuarto hijo de ego	M	55	Bachillerato
17	María	Esposa del cuarto hijo de ego	F	45	Licenciatura
Cuarta generación					
18	Samuel	Primer hijo del primer hijo de ego	M	40	Licenciatura
19	Citlaly	Esposa del primer hijo del primer hijo de ego	F	45	Licenciatura
20	Gustavo	Segundo hijo del primer hijo de ego	M	37	Licenciatura
21	Sofía	Esposa del segundo hijo del primer hijo de ego	F	46	Licenciatura

22	Antonio	Primer hijo del tercer hijo de ego	M	27	Bachillerato trunco
23	Aquiles	Segundo hijo del tercer hijo de ego	M	24	Bachillerato trunco
24	Adalit	Primera hija del tercer hijo de ego	F	23	Carrera técnica
25	Nayeli	Primera hija de la primera hija de ego	F	30	Licenciatura
26	Roberto	Primer hijo de la segunda hija de ego	M	27	Bachillerato trunco
27	Liliana	Primera hija del cuarto hijo de ego	F	24	Licenciatura
28	Jesús	Primer hijo del cuarto hijo de ego	M	21	Licenciatura
29	Alondra	Segunda hija del cuarto hijo de ego	F	11	Primaria
Quinta generación					
30	Milton	Primer hijo del primer hijo del primer hijo de ego	M	18	Bachillerato
31	Mitzy	Primera hija del segundo hijo del primer hijo de ego	F	19	Bachillerato
32	Sofía	Primera hija del segundo hijo del primer hijo de ego	F	5	Kínder

Nuestra segunda familia se apellida Monroy y está compuesta por cinco generaciones. A partir de la información proporcionada por Margarita, quien se desempeña como ego, se puede observar cómo la violencia continúa presente en cada una de las generaciones, aunque no con la misma frecuencia que en las primeras. Asimismo, existe un cambio por parte de las nuevas generaciones, que ellos consideran positivo en contraste con lo que Margarita piensa.

A diferencia de la familia anterior, la familia Monroy es una familia nuclear extensa, es decir, incluye tanto a miembros del núcleo familiar básico —padres e hijos— como a parientes cercanos: abuelos, tíos, primos, sobrinos. Este tipo de estructura familiar es común en la comunidad de San Felipe del Progreso. Al mantener una convivencia cercana entre sus integrantes, se desarrolla

una jerarquía interna distinta a la que se observa en la familia Sánchez. En el caso de los Monroy, el liderazgo de cada núcleo familiar recae directamente en la matriarca, Margarita, ya que todos habitan en el mismo hogar. Es importante señalar que esta situación se debe a que Antonio, quien sería el líder tradicional, se encuentra fuera de la comunidad, de lo contrario, según lo refiere la propia Margarita, él asumiría dicho rol.

Cuando se le preguntó a Margarita sobre la violencia en el contexto familiar, su respuesta fue diferente a lo esperado, ya que no la consideraba negativa, al contrario, la describía como “la forma correcta de educar a los niños” (M. G. Monroy, comunicación personal, 8 de octubre de 2023). Esto permite entender cómo la violencia se ha naturalizado a través de las generaciones, convirtiéndose en una herramienta cotidiana para ejercer autoridad. No obstante, también se pueden notar leves cambios en este patrón generacional. Lo que antes era visto como un método único de crianza, ahora comienza a ser cuestionado por los miembros más jóvenes de la familia. Ante esto, Margarita, se muestra confundida:

No entiendo por qué mis hijos ya no quieren educar a los niños como nosotros. A veces incluso los chamacos les responden a sus padres y ellos no hacen nada, a mí mi papi me agarró a varazos una vez que llegué tarde por andar chacoteando con mis amigas y que le digo de cosas, yo enojada sintiéndome valiente por andar afuera. Uy no, yo desde ahí veo las varas y me da un coraje porque no debí decirle nada, solo obedecer. Y así deberían darles a mis nietos, que el chiquito va a andar en el centro después de las siete. No, yo les doy a todos parejo y mira, luego dicen que ni sentarse pueden y yo les digo órale para que aprendan, cabrones (M.G. Monroy, comunicación personal, 8 de octubre de 2023).

La violencia se ha incorporado dentro del día a día de los miembros- Aunque nuevas generaciones no la emplean como antes, continúa vigente desde la crianza de la abuela y se normaliza en su historia de vida, al punto de convertirse en un código disciplinario que guía su actuar cotidiano. Por otro lado, cuando expresa lo que siente al ver una vara por haber desobedecido a su padre, no se trata de un simple recuerdo, sino de una memoria corporal, o *embodiment*, que permanece en su cuerpo. Como señala Le Breton (2002), el cuerpo no es un

soporte biológico, es un lugar de sentido, un espacio donde se inscriben normas, valores y mandatos sociales que configuran la existencia. En este caso, el cuerpo de Margarita ha sido moldeado por un régimen de crianza donde el castigo físico es aceptado como una forma legítima de educación. La vara —objeto del castigo— activa una memoria, es decir, una experiencia que remite al pasado y que se reactualiza en el presente (Pérez-Taylor, 2002) como guía para la crianza de sus nietos.

IV. *Embodiment*, performatividad y violencia cotidiana

Los relatos de vida de las familias Sánchez y Monroy permiten observar que la violencia en la crianza no permanece únicamente en el recuerdo, al contrario, esta se incorpora en el cuerpo y reaparece en las prácticas cotidianas. Las experiencias de castigo, control y obediencia se narran, sí, como acontecimientos del pasado, pero continúan vigentes en la manera en que los miembros de las familias reaccionan, corrigen, sienten miedo o ejercen autoridad dentro del hogar. En este sentido, la violencia puede comprenderse como una práctica disciplinaria, así como una pedagogía corporal que produce formas específicas de habitar el mundo. Los cuerpos aprenden a responder ante el miedo, el castigo o la autoridad mediante experiencias reiteradas que terminan normalizando determinadas formas de relación familiar.

Desde la perspectiva del *embodiment*, las experiencias de violencia no desaparecen, se incorporan a la memoria corporal y se expresan posteriormente en gestos, silencios, posturas, formas de hablar y maneras de ejercer autoridad. El cuerpo, entonces, no actúa únicamente desde la razón, sino también desde experiencias afectivas acumuladas que permanecen inscritas en la memoria. De este modo, los estilos de crianza violentos generan corporalidades específicas: cuerpos hipervigilantes, obedientes, temerosos o endurecidos frente al afecto y la autoridad. Tal como ocurre en el relato de Margarita, la presencia de una vara no remite solamente al objeto en sí, lo hace hacia una experiencia corporizada que reactiva el miedo, la obediencia y el enojo aprendidos durante la infancia.

Asimismo, la violencia cotidiana funciona de manera performativa, esto se relaciona con la perspectiva de Butler (2007) sobre el *performance*, ya que las prácticas sociales reiteradas producen sujetos acordes a determinadas normas

culturales y de género. Es por ello que, en ambas familias, las prácticas de crianza se repiten generacionalmente hasta convertirse en formas naturalizadas de actuar dentro del hogar. La autoridad, el castigo físico, el silencio y la obediencia son actos reiterados que producen y sostienen determinadas relaciones de poder. En este sentido, la performatividad de la violencia se expresa en acciones cotidianas aparentemente simples: levantar la voz, amenazar a golpes, corregir mediante el miedo o asumir que el afecto debe acompañarse de castigo para ser efectivo.

El análisis también permite reconocer que la reproducción de la violencia no recae exclusivamente en las figuras masculinas. Aunque las estructuras familiares continúan organizándose desde lógicas patriarcales y adultocéntricas, las figuras femeninas desempeñan un papel importante en la producción, así como en la resignificación de estas prácticas. Tanto Dolores como Margarita ejercen autoridad en sus hogares y reproducen formas de control corporal aprendidas durante su propia crianza. La violencia, entonces, no se transmite solo desde la figura paterna, también es encarnada y legitimada por mujeres que aprendieron a relacionar el castigo con el cuidado, la obediencia y el orden familiar. Esto complejiza el análisis de género, pues muestra cómo las mujeres son sujetas atravesadas por relaciones de dominación, pero también agentes que participan en la continuidad de determinadas pedagogías de la violencia.

Sin embargo, ambas familias presentan diferencias importantes en la manera en que estos ciclos se reproducen. En la familia Sánchez se observa una continuidad rígida del modelo autoritario, donde la violencia permanece legitimada como mecanismo de regulación familiar. A pesar de los cambios generacionales y de la ausencia parcial de figuras masculinas, el castigo continúa siendo entendido como una forma válida de respeto y control. En contraste, la familia Monroy evidencia tensiones entre la continuidad y la ruptura. Aunque Margarita continúa entendiendo el castigo físico como la forma correcta de educar, las generaciones más jóvenes comienzan a cuestionar estas prácticas y a modificar sus formas de crianza.

De este modo, las genealogías familiares nos ayudan a comprender que la violencia en la crianza no se reproduce de manera idéntica entre familias ni generaciones. Existen continuidades, resistencias y resignificaciones que dependen de las experiencias corporales, afectivas y comunitarias de cada núcleo familiar. Comprender estas prácticas desde el *embodiment*, al igual que desde la

performatividad, permite reconocer que la violencia opera no solo en los cuerpos, sino también a través de ellos, convirtiéndose en memoria, en hábito y en una forma cotidiana de relación social.

Conclusiones

El análisis de ambas familias permite comprender que la violencia dentro de los estilos de crianza constituye una práctica social aprendida, legitimada y reproducida generacionalmente dentro de los núcleos familiares mazahuas. A partir de las genealogías familiares y los relatos de vida, fue posible observar cómo las prácticas de control, castigo y obediencia forman parte de una memoria colectiva que se transmite mediante las relaciones cotidianas, incorporándose en los cuerpos de quienes las experimentan.

En el primer eje de análisis, correspondiente a las genealogías familiares e historias de vida, se identificó que ambas familias presentan ciclos de violencia persistentes, aunque con diferencias importantes en sus formas de continuidad y transformación. En la familia Sánchez, la violencia es algo estable que da regulación familiar, manteniéndose durante generaciones, a la vez que se legitima como una forma de cuidado, respeto y orden. Por otra parte, la familia Monroy muestra tensiones entre la continuidad y la ruptura, pues, aunque la violencia continúa presente en los discursos, así como en las prácticas de crianza, las generaciones más jóvenes comienzan a cuestionar estas formas de autoridad y castigo.

Respecto al segundo eje, estilos de crianza, memoria corporal y violencia, el estudio permitió reconocer que las experiencias de crianza no permanecen únicamente en el plano del recuerdo, dado que se inscriben corporalmente en quienes las viven. El cuerpo es, entonces, un archivo afectivo y social donde permanecen las marcas del miedo, la obediencia, el silencio y el control. Desde esta perspectiva, la memoria corporal permite comprender cómo ciertas prácticas violentas continúan reproduciéndose incluso cuando no son del todo conscientes, pues forman parte de aprendizajes afectivos y cotidianos adquiridos desde la infancia.

Finalmente, el eje sobre el *embodiment*, performatividad y violencia cotidiana permitió observar que la violencia actúa en los cuerpos y a través de ellos. Las prácticas disciplinarias se transforman en gestos, modos de hablar, formas de corregir y maneras de ejercer autoridad que terminan naturalizándose dentro

del espacio familiar. Asimismo, el análisis mostró que las mujeres son figuras que reproducen y resignifican mecanismos de control aprendidos generacionalmente. Tanto Dolores como Margarita encarnan formas de autoridad construidas desde experiencias previas de violencia, reproduciendo prácticas que consideran necesarias para la formación familiar.

En este sentido, las violencias cotidianas observadas en ambas familias pueden ser entendidas como formas de expresión de estructuras más amplias como lo son el patriarcado, el adultocentrismo y la colonialidad. Cuestionarlas implica ir más allá de una condena moral de las prácticas de crianza, ya que se deben abrir espacios de escucha y comprensión sobre contextos históricos, afectivos y culturales donde se producen. Solo así será posible imaginar otras formas de crianza y cuidado, donde el cuerpo deje de ser territorio de inscripción de la violencia para que pueda convertirse en un espacio de memoria, resistencia y transformación.

Referencias

- Baumrind, D. (1966). Effects of Authoritative Parental Control on Child Behavior. *Child Development*, 37(4), 887-907. <https://www.jstor.org/stable/1126611?origin=crossref>
- Butler, J. (2007). *Gender Trouble*. Routledge.
- Fox, R. (1967). *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Alianza Editorial.
- Galtung, J. (1996). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-191. <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/002234336900600301>
- Gómez Sánchez, D. (2019). El cuerpo, un análisis desde la lengua y la cultura otomí. *Revista Peruana de Antropología*, 4(5), 26-34. https://www.researchgate.net/publication/342587948_El_cuerpo_un_analisis_desde_la_lengua_y_la_cultura_otomi_The_body_an_analysis_from_the_Otomi_language_and_culture
- Gómez Sánchez, D., y Bruno Rosas, S. L. (2025). Cuerpo, memoria y emociones: el dominio masculino en los mazahuas de San Felipe del Progreso, México. *EntreDiversidades*, 22, 1-20. <https://doi.org/10.31644/ED.IEI.V22.2025.A01>
- Guber, R. (2011). *La etnografía método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.
- Gurung, L. (2020). Feminist Standpoint Theory: Conceptualization and Utility. *Dhauagiri Journal of Sociology and Anthropology*, 14, 106-115. https://www.researchgate.net/publication/348330542_Feminist_Standpoint_Theory_Conceptualization_and_Utility
- Kaplan, C. V. (Dir.). (2006). *Violencias en plural: sociología de las violencias en la escuela*. Miño y Dávila.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Ediciones Manantial.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Maccoby, E. E., y Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En P. H. Mussen y E. M. Hetherington (Eds.), *Handbook of Child Psychology: Vol. 4. Socialization, Personality, and Social Development* (pp. 1-101). Wiley.
- Peral Rabasa, F. J. (2017). Cuerpo, cognición y experiencia: *embodiment*, un cambio de paradigmas. *Dimensión Antropológica*, 69, 15-47. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/article/view/11709>

- Perera, M. (2005). *Sistematización crítica de la teoría de las representaciones sociales* [Tesis doctoral]. Universidad de la Habana.
- Pérez-Taylor, R. (2002). *Entre la tradición y la modernidad: antropología de la memoria colectiva*. Plaza y Valdés.
- Sahagún, B. (1989). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Porrúa.
- Uribe Roncallo, P. (2020). Masculinidades Alternativas: Varones que se Narran al margen del Modelo Hegemónico y Generan Cambios a través de la Educación. *Revista Latinoamericana de Educación Inclusiva*, 14(2), 115-129. https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-73782020000200115
- Wieviorka, M. (2006). La violencia: destrucción y constitución del sujeto. *Espacio Abierto*, 15(1 y 2), 239-248. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12215214>
- Wright Carr, D. C. (2018). La ciencia cognitiva corporeizada: Una perspectiva para el estudio de los lenguajes visuales. *Entreciencias: Diálogos en la Sociedad del Conocimiento*, 6(16), 81-96. <https://doi.org/10.22201/enesl.20078064e.2018.16.63364>